

## MISIONEROS Y COOPERANTES, DISTINTOS... ¿Y DISTANTES?

ALBERTO J. EISMAN TORRES

Licenciado en Teología, máster universitario en Desarrollo, actualmente director de *Radio Wa*, una radio comunitaria de la Diócesis de Lira (norte de Uganda)



En los “países en vías de desarrollo” conviven desde hace algunas decenas de años hombres y mujeres que dedican ímprobos esfuerzos en favor de la promoción humana, la lucha contra la pobreza, la mejora de las condiciones de vida o, simplemente, la construcción de un mundo más justo. Unos lo hacen movidos por una vocación o experiencia religiosa, otros por un altruismo laico y hay también quien lo vive como carrera profesional. Estas páginas nos ofrecen una pequeña reflexión sobre el particular mundo del desarrollo y cuantos trabajan en él (misioneros, cooperantes, voluntarios...), los desafíos que comparten y los rasgos propios de cada colectivo.

# ¿Dos bandos? Una misma batalla

Las evacuaciones y la repatriación de misioneros españoles infectados de ébola en Liberia y Sierra Leona –especialmente, la primera evacuación del P. **Miguel Pajares**– fueron eventos rodeados de gran polémica. Por un lado, hubo quien ponía en cuestión el costoso operativo de evacuación en tiempos de recortes sanitarios que afectan a millones de personas, y se pedía que se les atendiera sobre el terreno; por otro, ciertos círculos de tendencia más laicista criticaron con dureza el hecho de que se evacuara a sacerdotes (como si sus casos fueran diferentes del de un cooperante, un diplomático u otro ciudadano). La paradoja estaba servida: mientras hace unos años la sociedad española permitió con cierta pasividad el pago de un rescate millonario por unos activistas filantrópicos que, desoyendo el consejo de quienes conocían el terreno, organizaron un temerario y mediático convoy humanitario por Mauritania y cayeron en manos de grupos armados, ahora, sin embargo, se ponía el grito en el cielo al dar a entender que el Gobierno español atentaba contra la separación Iglesia-Estado evacuando a unos religiosos que llevaban años en dedicada entrega a los más pobres de aquellos lares. Lo que parecía permisible e incluso aconsejable hacer para recuperar sanos y salvos a unos cooperantes ocasionales, tipo Coronel Tapioca y papel cuché, era inadmisibile para otras personas, simplemente porque su “etiqueta” era religiosa y no laica.

Esta situación y las esquizofrénicas reacciones surgidas a raíz de la misma son las que me llevan a escribir esta reflexión. Durante los casi 20 años que

he pasado en África, he tenido el gran privilegio de haber vivido y trabajado en ambos campos: el misionero y el de la cooperación internacional; creo que tengo ahora la perspectiva suficiente para poder mirar con serenidad a estos dos mundos, a los que amo y aprecio profundamente, y analizarlos en sus puntos fuertes y en sus debilidades.

## LOS MISIONEROS: LA IGLESIA EN LA VANGUARDIA

No es el propósito de esta páginas hacer una presentación exhaustiva y detallada de cómo se desarrolló la actividad misionera en la Iglesia. Es en tiempos de **Ignacio de Loyola**, **Francisco Javier**, **Pedro Fabro** y otros pioneros jesuitas cuando comienza a hablarse documentalmente de *misión* como término específico que describe el “envío a un lugar o territorio concreto con el fin de realizar un encargo o un mandato apostólico”<sup>1</sup>. Hasta entonces, no había habido una estrategia misionera específica, ya que el anuncio de la Palabra era una tarea intrínseca a cada cristiano tal como se entendía de los escritos neotestamentarios (Mt 28, 18-20; Mc 16, 15-18; Lc 24, 26-49; Jn 17, 18). En cuestión de pocos años, el anuncio de **Jesús** es una realidad dinámica y efervescente en casi todo el mundo conocido, a pesar de factores negativos como las persecuciones. Pero, cuando la situación cambia y el cristianismo pasa de ser religión perseguida a religión oficial del Imperio, surge ya la realidad de Iglesias locales consolidadas y estructuradas, donde la proclamación del Evangelio deja ya de ser una novedad –y, por añadidura, un riesgo– y donde las conversiones al cristianismo pierden parte su autenticidad, al estar influenciadas por el prestigio asociado al estatus oficial de la nueva religión. La actividad misionera queda entonces limitada a las periferias del imperio

(Irlanda, Inglaterra, Arabia, pueblos eslavos y bálticos, etc).

Es en el siglo XVI, sin embargo, donde comienza la reflexión sistemática y, en parte, el diseño de una estrategia para implantar la Palabra de Dios en contextos completamente nuevos. Los misioneros fueron con frecuencia los primeros occidentales que aprendieron lenguas vernáculas, que escribieron gramáticas o compusieron rudimentarios diccionarios, elementos indispensables para poder comprender mejor las culturas locales. Surgen pioneros como los jesuitas **Matteo Ricci**, en China, y **Roberto Nobili**, en la India, que se sumergen en las culturas a las que quieren evangelizar y abogan por una progresiva adaptación del cristianismo a la cultura y valores locales.

La creación en 1622 de la congregación romana de *Propaganda Fide*, dedicada a la propagación de la fe, fue un esfuerzo por dar respuestas “ortodoxas” a las muchas preguntas surgidas en la actividad misionera de la Iglesia, expuesta a nuevas culturas, ritos, tradiciones y religiones. Las congregaciones religiosas y órdenes que prepararon a estos misioneros se aseguraron de que no fueran simplemente evangelizadores, meramente versados en las escrituras y el catecismo, sino que estuvieran también altamente preparados en diferentes campos: lingüística, astronomía, matemáticas, física, cartografía, antropología, música, lógica, medicina, etc. La evangelización iba mano a mano con la aplicación de las ciencias conocidas, con la enseñanza, con el intercambio de información o de tecnología.

En el caso de las reducciones jesuíticas del Paraguay –sin duda, el intento más sistemático de unir evangelización y desarrollo integral según los principios humanistas más avanzados de aquella época–, se crearon prácticamente desde cero







sociedades altamente organizadas, prósperas, cultas, sostenibles y autogestionadas. Precisamente, por el peligro que suponían para otros intereses coloniales, tuvieron que ser violentamente suprimidas. Sin llegar a estos extremos de sofisticación, no es sorprendente que, al hilo del gran impulso misionero del período del siglo XVIII en adelante, donde llegaron estos agentes evangelizadores se sintiera de manera manifiesta un gran impacto en la sociedad local, ya fuera por sus conocimientos o por sus capacidades técnicas y manuales, que luego invertirían en iniciativas sociales (orfanatos, escuelas, talleres de diversa índole, dispensarios, leprosarios, centros agrícolas, etc.), que, al fin y al cabo, eran parte del proceso para que el cristianismo fuera aceptado en los más diversos ambientes. Estas habilidades que los misioneros traían fueron en la mayoría de los casos excelentes tarjetas de visita para preparar la labor directamente evangelizadora y poder superar obstáculos y reticencias iniciales por parte de los no iniciados en la religión cristiana.

La metodología evangelizadora, sin embargo, no era uniforme y no estaba exenta de polémicas. Dependía muchas veces de la visión antropológica y del enfoque que cada orden o congregación religiosa le daba<sup>2</sup>. Pero incluso, dentro de la misma familia religiosa, se podían dar fuertes controversias: por ejemplo, entre los Misioneros Combonianos que en 1905 trabajaban en el Sudán del Sur, surgió una enfrentada división entre los que apoyaban el principio “primero *civilizar*, luego evangelizar” (misioneros de lengua alemana) y los que querían evangelizar y bautizar a los paganos como labor prioritaria, dejando la enseñanza y la promoción humana para una fase posterior (italianos). La polémica llegó hasta la misma *Propaganda Fide*, la cual, en una comunicación posterior, se decantó por apoyar la segunda opción, aunque eso no fue óbice para que los misioneros de lengua alemana –con la bendición del vicario apostólico (ordinario) de la región–, continuaran con su metodología, hasta que finalmente, en 1923, la congregación –debilitada por los diferentes enfoques y mentalidades– sufrió una dolorosa separación<sup>3</sup>. A pesar del empuje misionero liderado por institutos religiosos especializados en primera evangelización, nunca hubo ni siquiera por continentes una metodología general más o menos uniforme.

El Concilio Vaticano II, en su afán de actualizar el mensaje cristiano para

el mundo de hoy, dedicó a la actividad misionera de la Iglesia el decreto *Ad Gentes*, un documento que recibió el porcentaje de aprobación más alto del Concilio (2.394 votos a favor y solo cinco en contra). Los contenidos de este documento supusieron una poderosa renovación para la “mística” misionera: del concepto de “las misiones” se pasó a “la misión de la Iglesia” (AG 6), y los aspectos principales de la misión evangelizadora fueron fundamentados teológicamente (AG 2-9). El decreto, además, utilizó novedosamente la palabra “inserción” como una segunda encarnación, como la manera de ser y de actuar de la Iglesia dentro de las diferentes culturas, tradiciones y religiones<sup>4</sup>, elementos estos que son vistos de una manera más abierta y positiva que en los documentos eclesiales publicados hasta la fecha. Más explícitamente, el Concilio pide que todos los cristianos –y, por inclusión, mucho más los dedicados exclusivamente a la labor misionera– se involucren en actividades económicas, educativas, sanitarias y sociales dentro de los más diversos grupos, aunque no sean de carácter católico o cristiano (AG 12).

El testimonio se entiende no solo como proclamación explícita, sino como un conjunto de acciones que forman parte integral del mensaje cristiano (cf. Jn 10, 25). Al hilo de estas nuevas actitudes (aunque ya había ejemplos mucho anteriores, como el de **Charles**

**de Foucauld** en el desierto argelino), se comenzó a valorar la misión como simple testimonio “mudo” de fe y de obras, pero despojada de rasgos proselitistas y sin intención explícita de engrosar los registros de bautismo<sup>5</sup>. La razón de ser del ministerio misionero era estar disponible para todos, servir a todos a imitación de Jesús y no mirar la “etiqueta” religiosa o pagana de la persona a la que se sirve. Apenas dos años después de la clausura del Concilio, el papa **Pablo VI** publicaba la encíclica *Populorum Progressio* y reforzaba la convicción de que la Iglesia, aparte del anuncio evangélico confiado a ella por Jesucristo, tenía también que jugar un papel primordial en una situación mundial crítica, donde –por desgracia, entonces tanto como hoy– la desigualdad, la pobreza, el hambre y la injusticia siguen siendo realidades innegables, frente a las que los cristianos tienen también una palabra que decir y donde hay una realidad que transformar. Esto no hizo sino reforzar el concepto de que la misión de la Iglesia tiene una incuestionable dimensión social y que la construcción de un orden más justo y solidario es también parte del proceso de evangelización<sup>6</sup>. De esta manera, el misionero también se hizo profesor, gestor, enfermero, formador de líderes y catequistas, asistente social, psicólogo, mediador, constructor, promotor de obras y muchas otras facetas más que han marcado profundamente el perfil por el que hoy es generalmente conocido.

En la actualidad, no creo que sea exagerado decir que, entre las personas involucradas en la Iglesia, los misioneros son –con diferencia– los que encuentran más aceptación social y más simpatía en los más diversos ambientes. Mientras se oyen con frecuencia múltiples críticas contra “los curas” y su rol en la sociedad, los misioneros en general suscitan por donde van una gran admiración y, debido a su ascendencia y a su reconocida entrega en situaciones extremas de pobreza y subdesarrollo, tienen muchas veces la capacidad de actuar de puente entre la Iglesia y la increencia, puesto que cuentan con un halo de compromiso que trasciende los

ambientes exclusivamente religiosos y llega a personas de los más diferentes ámbitos e ideologías, incluyendo aquí particularmente a muchas personas que no son de Iglesia, que nunca pisarán un templo o simplemente anticlericales<sup>7</sup>.

Durante muchos años, los misioneros tuvieron casi en exclusiva el ejercicio de labores filantrópicas y sociales, hicieron por iniciativa propia y sin supervisión proyectos e intervenciones tanto pastorales como de desarrollo. Los fondos para realizar estas iniciativas venían normalmente de procuras de misiones o de círculos de bienhechores que confiaban plenamente en la labor de estas personas sobre el terreno. El surgimiento de las oenegés y la irrupción del perfil del cooperante dentro de organizaciones humanitarias o de desarrollo supuso un gran cambio, tanto en el escenario de estos países como en el tipo de donantes en los países de origen.

### OENEGÉS Y COOPERANTES: SE PROFESIONALIZA EL FILANTROPISMO

El fenómeno de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) como figura sociológica y legalmente reconocida es relativamente reciente, aunque como grupos organizados los ha habido durante bastantes siglos. No fue hasta los siglos XVIII y XIX cuando comenzaron a tener una relevancia

internacional, sobre todo en asociación con la lucha contra la esclavitud, porque influyeron sobre la legislación en diferentes países y continentes. Posiblemente, uno de los momentos más relevantes del desarrollo de estos grupos humanos fue en 1863, cuando el el suizo **Henri Dunant**, tras haber visto las terribles circunstancias de la batalla de Solferino en 1859, decidió fundar el Movimiento de la Cruz Roja para la provisión de asistencia neutral a los heridos en conflicto armado. Durante las dos grandes guerras y el período entre las mismas, se pudo percibir internacionalmente un florecimiento de las más diversas asociaciones y grupos con unos fines igualmente variadísimos.

En esta perspectiva, sin embargo, queremos centrarnos especialmente en las oenegés llamadas “de desarrollo” (a veces, identificadas también por la abreviatura ONGD). Aquí estamos hablando de organizaciones<sup>8</sup> que:

- Se organizan voluntariamente y se involucran en actividades de interés general.
- No tienen fines de lucro.
- Son autónomas e independientes del ámbito de los gobiernos (aunque eventualmente reciban financiación de los mismos)<sup>9</sup>.
- Cuyos recursos están destinados a financiar proyectos o acciones emprendidas en el ámbito de la cooperación al desarrollo (tanto en los países del sur como del norte).





En España, las primeras oenegés de desarrollo reconocidas como tales fueron las vinculadas a la Iglesia católica: Cáritas (1942), Asociación Misionera Seglar (1947) y OCASHA (1957). Otras organizaciones, aun siendo de carácter confesional, dejan de lado las actividades estrictamente pastorales y se dedican más a la promoción humana, la justicia social y el desarrollo: Intermón (1956), la Campaña contra el Hambre (1960) –germen de Manos Unidas–, la Comisión General de Justicia y Paz (1967) o el Secretariado de Cooperación al Desarrollo (1969)<sup>10</sup>. Durante varias décadas, el número de estas organizaciones es bastante modesto, pero en el período 1985-1990 se vive un inusitado *boom* de estos grupos, que poco a poco se van organizando, van creciendo y, a partir del año 1989, comienzan a recibir ayudas gubernamentales procedentes de la casilla de contribución “a otros fines sociales” del IRPF. Al mismo tiempo, hay también una clara evolución del carácter de estas organizaciones: si en los años 50 y 60 eran más bien de tipo asistencial, en los años 70 se hicieron mucho más tecnocráticas y, en los 80, evolucionan poniendo más énfasis en la colaboración, en el *partenariado*, en el papel clave de una sociedad civil madura y organizada y en el enriquecimiento mutuo de una cooperación en dos sentidos. Finalmente, en los años a partir

de los 90, hay un enfoque más integrador, que incluye también aspectos como los Derechos Humanos, la perspectiva de derechos en el desarrollo, la democratización, la participación de grupos tradicionalmente ignorados, el enfoque de género, el medio ambiente y otros.

Aunque la palabra en sí sea de nuevo cuño, la realidad del cooperante está unida a las oenegés de desarrollo. La AECID (Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo) define al cooperante como sigue:

*“Un cooperante es un profesional que trabaja en un país en desarrollo, tanto en el ámbito del desarrollo como de la ayuda humanitaria, al servicio de una entidad promotora de la cooperación internacional. (...) El cooperante no es, por tanto, ni un voluntario ni un becario, sino un trabajador con contrato laboral o un empleado público con una relación de tipo laboral o estatutaria con la entidad promotora de la cooperación”<sup>11</sup>.*

Esta definición de la AECID deja deliberada e injustamente de lado el aspecto del voluntariado o la cooperación a corto o medio plazo, no sujeta a remuneración, y, por tanto, es muy posible que haya muchas organizaciones que no se identifiquen con los términos de la misma. A pesar de esta tara, nos ayuda en nuestra reflexión, ya que hace un claro énfasis en el aspecto profesional

del cooperante y la relación laboral de tipo contractual.

Junto con la llegada de estas organizaciones y de su personal al terreno, hubo un gran cambio de lenguaje, de estilo, de medios que utilizar e incluso de enfoque de trabajo. Los misioneros comenzaron a no estar solos en su labor, y esto supuso también el cambio de muchos esquemas entre la población local, la cual hasta entonces había creído que todos los extranjeros “eran como los misioneros”<sup>12</sup>. Los proyectos de desarrollo comenzaron a multiplicarse, al mismo tiempo que crecía la presencia de personal extranjero.

## DESAFÍOS PARA TODOS LADOS

En esta nueva situación –y sin el menor ánimo de enfrentarlos, sino, más bien, de hacer una comparación y una reflexión sobre ciertas faceta–, estas son algunas de las dicotomías que a mi parecer han surgido:

### Profesionales especializados (y sus medios) versus “no profesionales”

Aunque entre los institutos religiosos y las organizaciones confesionales hacía tiempo que había cooperantes, cuando irrumpió este fenómeno parecía como si todo el mundo se tuviera que apartar porque “llegaban los profesionales”; como si el trabajo misionero realizado durante tanto tiempo se hubiera reducido única y exclusivamente a las actividades pastorales o caritativas, que tenían poco o ningún peso específico en el proceso de desarrollo.

Yo mismo pude una vez presenciar una discusión interna entre cooperantes de una oenegé (secular para más señas), donde alguien exclamó: “¡No somos misioneros, somos profesionales!”. Y, con eso, la persona en cuestión expresaba que este tipo de actividad era una profesión, no una vocación, que ya estaba bien de austeridad (valor asociado a los misioneros), y demandaba de su organización que les pusiera a disposición medios modernos de trabajo con condiciones de vida adecuadas. Quizás aquí esté uno de los puntos más polémicos: mientras que los misioneros en muchos casos



“se contentan con una choza” y tienen normalmente unos modestos medios de trabajo, los cooperantes, para el desempeño de su trabajo y en aras de su profesionalidad, demandan ciertos niveles de vida o privilegios que en algunos casos pueden ser perfectamente aceptables, pero en otros son a todas luces escandalosos.

En mi experiencia de gestión de equipos sobre el terreno, debo decir que todo esto depende de la madurez personal de cada individuo y también de la cultura institucional que se ha creado dentro de la organización: algunas dan prioridad a la eficiencia y los resultados, sin escatimar en medios (he visto oenegés con avioneta propia); otras tienen los mismos objetivos, pero quieren alcanzarlos con medios más modestos y yendo siempre que se pueda “al paso de la gente”. No todas las organizaciones son iguales, y sería injusto colocarlas a todas en el mismo saco, pero, por otro lado, también es una realidad innegable que hay cooperantes que hacen de la realidad de la pobreza su trampolín personal para preparar en la escala social y profesional y, por tanto, exigen vivir “a cuerpo de rey”, despilfarrando medios incluso cuando están rodeados de situaciones de escandalosa miseria.

Las personas que apoyan y donan dinero tanto a la cooperación como a misioneros hacen muy bien en cerciorarse de que el dinero se emplea correctamente y de que no se pierde en recovecos administrativos o en medios innecesarios para alcanzar los fines adecuados. Hablaremos más de esto en el punto dedicado a la transparencia.

### Justicia versus caridad

A pesar de que con frecuencia los ámbitos de trabajo de los cooperantes y los misioneros se solapaban, surgió entre las oenegés un discurso que calificaba todo lo hecho hasta entonces como insuficiente y lo metía en el cajón de un trasnochado “asistencialismo”. La tendencia del momento (también hay modas en el mundo de la cooperación) era generar un cambio en las ideas, creencias y prácticas de la gente, junto con reformas en la legislación local o nacional. Ahora, se presentaba la labor de los misioneros como una mera



práctica de “caridad” que perpetuaba la desigualdad, mientras que las oenegés llevaban a cabo verdadera justicia social y suscitaban cambio. Del lado de la **Madre Teresa** –por poner un ejemplo– no se esperaba que surgiera cambio social y, menos aún, una revolución. El apoyo a un orfanato dejó de ser esencial para las oenegés (esto era parte de las tan denostadas actividades caritativas), mientras que lo prioritario en la agenda era provocar cambios estructurales y ejercer incidencia política al nivel que fuera, para que cambiara la situación de los derechos del niño (suponiendo, ingenuamente, que todos los cambios eran “para bien”). Los misioneros, al no ser de por sí especialistas en estas tareas de cambio social y al seguir sustentando iniciativas sociales clásicas de base, se vieron sobrepasados por una argumentación que prácticamente les relegaba a una trinchera secundaria (si no la equivocada) en la lucha contra la pobreza.

A mi parecer, la Iglesia y sus miembros no han encontrado hasta ahora el tono o el discurso adecuado para poder presentar de una manera mejor, más estructurada y más efectiva sus actividades y logros sociales. En su humildad, apenas reivindica el impacto social de lo que hace. La palabra latina *caritas*, con su profundo y antiguo significado de amor a Dios y al prójimo como expresión del *agape* griego (tanto amor desinteresado, independiente del valor de la persona, como el sentimiento de reconocimiento), no ha podido todavía librarse en su uso cotidiano de su peyorativa connotación de limosna, de condescendencia, de relación asimétrica..., mientras que otros vocablos como solidaridad, equidad, empoderamiento, emancipación, derechos, promoción humana, etc.

suscitan ideas y sentimientos mucho más positivos y estimulantes que ganan por goleada en el mundo del altruismo y, especialmente, en sus proyecciones mediáticas.

### Superficialidad versus encarnación

Un aspecto en el que los cooperantes nunca podrán hacer sombra a los misioneros es en el conocimiento de la cultura local, las tradiciones y la lengua. Mientras en las organizaciones –sobre todo, las de acción humanitaria– hay una tremenda volatilidad y movilidad, con cooperantes que han trabajado aunque sea brevemente en decenas de países, a los misioneros se les aplica mucho más el principio del *stabilitas locii*, ya que tienen una específica preparación previa que les introduce en la realidad en la que van a desempeñar su trabajo. Muchos de ellos pueden estar decenas de años en el mismo país y dominar varias lenguas locales.

Los cooperantes ni tienen esa posibilidad de preparación ni los contratos de trabajo dejan mucho margen para dedicarse a tales menesteres y, por lo tanto, actúan en ocasiones en un contexto cultural que apenas conocen; y eso hace mucho más difícil que sus proyectos alcancen la eficiencia requerida, al no ser realistas o no adecuarse a la mentalidad de un determinado entorno. Cualquier proyecto que se precie debería primero ser pasado por el tamiz de quienes conocen el terreno, lo cual sucede raramente. Ellos pueden proporcionar informaciones que, sin duda, serán claves para el éxito del proyecto.

### Opacidad versus transparencia

Recibí una vez en Uganda la visita de un amigo que colaboraba con una determinada oenegé española. Al decirle yo que en la ciudad de al lado esta



misma oenegé tenía unos proyectos, esta persona quiso ir allá y visitarlos. Al contactarlos por *email*, recibí una correcta respuesta, comunicándome que no aceptaban visitas “que no fueran oficiales” y que, por tanto, mi amigo no podía ir a ver los proyectos de “su” oenegé. ¿Qué pasaría si se hiciera público en España que esta organización no permite que sus miembros visiten los proyectos en el terreno? Una hecatombe.

De vez en cuando, surge algún escándalo cuando miembros de organizaciones que dependen de los esfuerzos económicos o incluso agencias oficiales de desarrollo se ven involucradas en acciones ajenas a su labor, irregulares, especulativas o hasta ilegales. Tales situaciones erosionan, sin duda, la confianza del público en general y de los donantes en particular. Las oenegés en su mayoría se han adaptado a estas demandas de transparencia y han mejorado mucho en los últimos años<sup>13</sup>. Los misioneros, por su parte, tienen que hacerlo también. Eran hasta ahora “vacas sagradas” del altruismo y se daba por sentado que, en general, hacían una buena labor y que utilizaban de una manera adecuada los medios a su alcance. Pero eso hoy día no quiere decir que cada misionero pueda hacer de su capa un sayo. La transparencia es hoy un imperativo moral, y mucho más en el mundo de la cooperación internacional, donde también con el dinero de la ayuda se han dado flagrantes casos de picaresca, cuando no de descarada corrupción<sup>14</sup>.

El *hacer el bien* en general no puede ser excusa para *no hacer bien las cosas* y no ser transparente en procedimientos y sistemas. Recuerdo la huraña expresión de un misionero cuando cuestioné el uso de unos fondos, destinados expresamente por el donante para la construcción de un dispensario en la misión, pero que, de hecho, fueron utilizados para edificar el convento de unas religiosas. Él y los religiosos de su generación no estaban en absoluto acostumbrados a que alguien cuestionara sus iniciativas, les pidiera cuentas o les exigiera transparencia. En este sentido, los misioneros tienen también un camino que recorrer, y soy consciente de que los donantes que los apoyan son cada vez más exigentes en

lo que a la justificación de sus proyectos se refiere. El tiempo de los cheques en blanco pasó: si hace unos años se contentaban con una simple carta de agradecimiento y unas fotos de niños sonrientes, ahora –aparte de eso– se piden presupuestos, informes detallados, reconciliaciones bancarias, listas exhaustivas de gastos y auditorías.

### La seguridad como prioridad

“Asuntos Exteriores no está para buscar monjas perdidas en la selva”, dijo aquel infortunado funcionario del ministerio a la superiora de la congregación de las Madres Misioneras de Jesús, María y José cuando tuvo lugar la crisis de Ruanda en 1994. Ciertamente, los misioneros, por sus opciones vitales, se resisten a “abandonar el barco” de su misión y, cuando lo hacen, es solo porque no hay otra opción. La gran mayoría de las grandes organizaciones de desarrollo tienen un departamento (a veces ocupado por antiguos militares) encargado exclusivamente de controlar constantemente los aspectos de seguridad en cada país donde tienen cooperantes. Cada oenegé tiene un protocolo particular, con diferentes niveles de seguridad y acciones asociadas a cada nivel. Si la situación se vuelve crónica o demasiado peligrosa, se efectúa la evacuación parcial o total del personal.

Todo esto –en general– suena a chino para las congregaciones religiosas, que no tienen en absoluto un plan de contingencia y, menos aún, un sistema de monitoreo de seguridad. No es que

no les preocupe su seguridad personal, sino que no está muy alta en su lista de prioridades, y así actúan –según algunos temerariamente, según otros heroicamente– poniendo siempre a los demás antes que a uno mismo, procurando que las actividades del dispensario o de la escuela continúen sin interrupción. Muchos de ellos han llevado esto a sus últimas consecuencias y han pagado con su vida esta opción de “quedarse con la gente”.

### Personalidades versus proyectos

Las oenegés viven de la financiación de proyectos procedentes de diferentes donantes. El problema, a veces, es que no se puede planificar más allá del final de un proyecto determinado, porque no hay certeza de que vuelva a haber una nueva financiación. Las oenegés pueden ser dependientes o incluso esclavas de los donantes externos, ya que apenas pueden subsistir con fondos propios. Las misiones, por el contrario, no dependen tanto de afuera, son más sostenibles y pueden subsistir a más largo plazo.

Sin embargo, lo que sí he podido notar es que las iniciativas sociales o pastorales o las instituciones iniciadas por los misioneros adolecen con frecuencia de falta de continuidad. Apenas hay sistemas de traspaso de información, y el éxito o el fracaso de las mismas depende mucho de la personalidad individual que esté al frente de la iniciativa. En las oenegés se valora bastante el trabajo en equipo y la integración hacia el fin común, pero entre los misioneros predomina mucho más la iniciativa personal (y, en algunos



casos, el individualismo); y eso se nota cuando, a veces, las personas cambian y los proyectos que han florecido durante años se derrumban, porque para su continuidad dependían en demasía de una determinada persona.

## A MODO DE CONCLUSIÓN

Los cooperantes y los misioneros tienen diferentes razones de ser, de actuar, diferentes métodos y, sin duda, diferentes estilos, aunque también



## NOTAS

1. Godínez, C., "Misión", en Estrada, J. A. (ed.), *10 palabras clave sobre la Iglesia*, Verbo Divino, Estella, 2003, p. 206.
2. "La diversidad de estrategias y métodos misioneros será cuestionada en algunos lugares; además, no siempre coincidirán, y terminarán en algunas partes en conflicto: a veces entre las mismas órdenes, a veces entre las órdenes contra el poder colonial". *Ibid.*, 209.
3. De esa división surgieron dos congregaciones: los Misioneros del Corazón de Jesús (italianos) y los Misioneros Hijos del Corazón de Jesús (de lengua alemana), y trabajaron así hasta la reunificación de las dos ramas en 1979, bajo el nombre Misioneros Combonianos del Corazón de Jesús (uno de los pocos casos, si no el único, de separación y posterior reunificación de una congregación religiosa en la historia de la Iglesia).
4. "La Iglesia, para poder ofrecer a todos el misterio de la salvación y la vida traída por Dios, debe insertarse en todos estos grupos con el mismo afecto con que Cristo se unió por su encarnación a determinadas condiciones sociales y culturales de los hombres con quienes convivió" (AG 10).
5. "Los discípulos de Cristo, unidos íntimamente en su vida y en su trabajo con los hombres, esperan poder ofrecerles el verdadero testimonio de Cristo, y trabajar por su salvación, incluso donde no pueden anunciar a Cristo plenamente. Porque no buscan el progreso y la prosperidad meramente material de los hombres, sino que promueven su dignidad y unión fraterna, enseñando las verdades religiosas y morales, que Cristo esclareció con su luz, y con ello preparan gradualmente un acceso más amplio hacia Dios" (AG 12).
6. "Combatir la miseria y luchar contra la injusticia es promover, a la par que el mayor bienestar, el progreso humano y espiritual de todos, y, por consiguiente, el bien común de la humanidad. La paz no se reduce a una ausencia de guerra, fruto del equilibrio siempre precario de las fuerzas. La paz se construye día a día, en la instauración de un orden querido por Dios, que comporta una justicia más perfecta entre los hombres" (PP 76).
7. Un botón de muestra: el periodista **Xavier Aldekoa**, gran conocedor de África y profesional que se autodefine como no creyente, escribió en *La Vanguardia* a raíz de la muerte del misionero **Miguel Pajares** un artículo sobre los misioneros con este sugerente título: "Dios, la excusa de hombres buenos" (<http://www.lavanguardia.com/20140813/54413003547/dios-la-excusa-de-hombres-buenos-xavier-aldekoa-opi.html>).
8. Cf. **Murguialday, C. y Valencia, I.**, *Las Organizaciones No Gubernamentales para el Desarrollo*, Vitoria-Gasteiz, 2000 (Manuales de Formación en Cooperación al Desarrollo, nº 2).
9. Ciertamente, hay quien cuestiona hasta qué punto puede ser independiente de los gobiernos una organización que quizás en sus 60-70% de fondos económicos depende de ayudas públicas de la administración central, autonómica o local. Por ejemplo, el escándalo 'caso Cooperación' en la Generalitat de Valencia muestra claramente que había organizaciones que no recibían ayudas oficiales simplemente porque "no eran de la cuerda" del ex *conseller* de Solidaridad o de su partido. Irónicamente, algunos llegan a hablar de OMG (Organizaciones Muy Gubernamentales).
10. *Ibid.*
11. Cf. <http://www.aecid.es/ES/la-aecid/nuestros-socios/ongd/cooperantes>
12. Recuerdo el gran impacto que supuso para algunos africanos encontrarse por primera vez con cooperantes occidentales que, a diferencia de los misioneros, alardeaban de ser ateos o agnósticos y consideraban la religión un atraso social del que cualquier persona ilustrada debería librarse.
13. En este sentido, es loable el esfuerzo de instituciones como la Fundación Lealtad ([www.fundacionlealtad.org](http://www.fundacionlealtad.org), [www.guiatransparenciaong.org](http://www.guiatransparenciaong.org)), un observatorio que permite al ciudadano analizar los niveles de transparencia y buenas prácticas de más de 240 oenegés presentes en España. Pero, ¡jojo!, estos informes se refieren exclusivamente a cómo trabajan las oenegés y qué sistemas tienen en España, sin hacer una evaluación de los proyectos sobre el terreno, los cuales teóricamente pueden tener un cariz completamente diferente de la imagen que se presenta en casa. En palabras de un conocedor de la cooperación: "Es como si a una compañía vitivinícola le auditaran sus cuentas e hicieran un análisis pormenorizado del color de la botella y su etiquetado, del número de reuniones que tienen al mes sus directivos, y del porcentaje de minorías en su consejo de administración... ¡Pero nadie probara el vino!".
14. Algunos botones de muestra: el uso "político" o partidista de la ayuda (<http://blogs.elpais.com/3500-millones/2012/10/se-financian-los-partidos-con-dinero-de-la-cooperacion.html>), reflexión sobre el 'caso Cooperación' en Valencia (<http://blogs.publico.es/otrasmiradas/2260/apuntes-sobre-la-corrupcion-en-la-cooperacion-internacional-para-el-desarrollo-de-la-generalitat-valenciana/>).

hay que decir que hay cooperantes que tienen un estilo muy cercano al de los misioneros y hay misioneros que más bien parecen cooperantes de oenegé. De todo hay en la viña del Señor.

Este artículo también estaría terriblemente incompleto si no mencionara la aportación de muchos voluntarios que, aunque no estén en el terreno a tiempo pleno o no tengan una relación de trabajo contractual, no por eso su aportación es menos relevante. Pienso ahora, por ejemplo, en el personal médico que decide pasar las vacaciones en un hospital perdido, pasando consultas u operando. La gran mayoría de ellos viven en condiciones muy sencillas, pagándose de su bolsillo casi todos los gastos y siendo un ejemplo de entrega y de dedicación, tan profesionales como el que más, aunque en algunos se les quiera obviar o presentar por debajo de otros.

Creo profundamente que, aunque el mandato y el trabajo de cooperantes y misioneros sea diferente y diverso, no por eso debe haber un enfrentamiento, sino una colaboración más estrecha y un mejor conocimiento mutuo que no traería sino grandes beneficios para ambos mundos. Hay mucho que aprender del otro y, en ese proceso, se pueden potenciar mutuamente, engarzarse e incrementar su eficacia; no son estos tiempos de vivir y actuar en competición o aislamiento, fomentando celos o reticencias entre los que están involucrados en el fragor y la dureza de la misma batalla: la de la lucha contra la pobreza, la del hombre íntegro, la de un mundo mejor y –para los que creemos– la de un Reino de Dios cuya paz y justicia se hace ya realidad en la tierra.





Universidad  
de la Mística  
**CURSOS**  
**2014**  
**2015**

Escuela de Crecimiento  
Espiritual CreEs

500  
STJ

V CENTENARIO  
SANTA TERESA  
DE JESÚS



Descubre tu belleza interior

**Enero**

16-18	Edith Stein: Introducción a su biografía y obras	Fco. Javier Sancho F.
16-18	<b>BIOGRAFÍA DE TERESA DE JESÚS</b>	Ulrich Dobhan
16-18	Leer a San Juan de la Cruz iluminados por su propia experiencia	Francisco Brändle
23-25	Peregrinación teresiana: Arévalo y Medina del Campo	Equipo CITEs
23-25	Vivir la poesía mística	Juan José Severo
30-1	Sta. Teresa de Jesús, testigo y maestra de contemplación	Juan Martín Velasco
30-1	Pedagogía de la Oración Teresiana	Pedro Tomás Navajas

**Febrero**

6-8	Cátedra Ibn Arabi: Vida, obra y doctrina de Ibn Arabi	Junta Islámica
13-15	<b>EL LIBRO DE LA VIDA DE TERESA DE JESÚS</b>	Javier Sancho
13-15	Vida y obra de Francisco Palau	Lola Jara
13-15	Buscadores de felicidad	Emma Martínez de Ocaña
20-22	Retiro de Cuaresma	Equipo CITEs
27-1	Nueva autobiografía de Teresa de Jesús: Cuentas de Conciencia	Secundino Castro
27-1	Economía y espiritualidad en femenino	Agustín Franco

**Marzo**

6-8	Peregrinación teresiana: Salamanca	Equipo CITEs
6-8	El viaje interior en el cine	Maribel Rodríguez y José Antonio Delgado
13-15	Mística de la Confianza. Teresa del Niño Jesús	Philippe Hugelé
13-15	Cátedra Josefa Segovia: La mística del estudio, clave para vivir hoy siendo luz y sal en el mundo	Institución Teresiana
20-22	<b>EL LIBRO DE CAMINO DE PERFECCION DE TERESA DE JESÚS</b>	Jurek Nawojowski
20-22	Cátedra Francisco Palau: La herencia teresiana en Francisco Palau	Camelitas Misioneras
21	Taller de adornos de Pascua	Casa Copérmico / CITEs
27-29	Orar con Santa Teresa de Jesús en la celebración de su 500 aniversario	Fco. Javier Sancho F.
28	<b>V CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE SANTA TERESA DE JESÚS</b>	

Como todos los años, nuestra casa durante la Semana Santa, se ofrece como un espacio para todas aquellas personas, familias y/o grupos que busquen un lugar para vivir la oración, fraternidad y sencillez.

Calle Arroyo Vacas 3 ~ 05005 Ávila ~ España  
Tf. + 34 920 352240  
www.mistica.es



secretaria@mistica.es

CITEs UNIVERSIDAD DE LA MÍSTICA



sanesteban  
editorial

Diciembre 2014

NOVEDAD

**ELEGÍAS**

Para un tiempo de  
víctimas

Quintín García

Este poemario recoge los sentimientos frente al crimen: gritos de dolor y de rabia incontentada, de denuncia del criminal; gritos de lamentos y de protesta. Los gritos expresan también anhelos de paz y humanización en medio de los conflictos, y proponen abrazos y compasión hacia las víctimas, tantas víctimas de tantas violencias.

Pág.: 43

P.V.P.: 7,00 €



**POR UNA IGLESIA  
SERVIDORA Y POBRE**

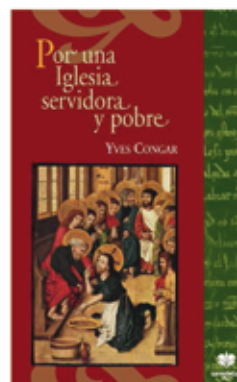
Una propuesta para la  
Iglesia del tercer milenio

Yves Congar

En pleno concilio Vaticano II, Yves Congar publicaba un pequeño libro a modo de manifiesto para la renovación de la Iglesia. Buscaba una Iglesia servidora y pobre. Una Iglesia abierta y acogedora para toda la humanidad.

Pág.: 130

P.V.P.: 14,00 €



**EL PECADO  
ORIGINAL**

Fe cristiana,  
mito y metafísica

Jean-Michel Maldamé

Maldamé, teólogo francés experto en las relaciones fe y ciencia, revisa en profundidad el significado de una cuestión controvertida para la teología.

Pág.: 386

P.V.P.: 24,00 €



EDITORIAL SAN ESTEBAN Apdo.17, 37080 SALAMANCA  
Tfno. 923 215 000 Fax 923 265 480  
www.sanestebaneditorial.com

info@sanestebaneditorial.com pedidos@sanestebaneditorial.com